Préstame tu nombre

Niria Suárez

Préstame tu nombre

Niria Suárez

Avant
editorial

Primera edición, junio de 2024
© Niria Suárez, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-10236-53-0
IBIC: FA
DEPOSITO LEGAL: M-13910-2024

Agradecimientos

A Antonio, mi compañero de vida, lecturas y escritura por hacer de este oficio una labor gratificante y darme un tiempo y un espacio que no tendría sin su apoyo.

A Juan Pablo y Natalia siempre dispuestos a escuchar y elevar el ánimo en los momentos bajos.

A Marijó Pérez-Lezama, correctora, editora, lectora, pero sobre todo, consejera y amiga.

A las mujeres que han inspirado este relato.

A Karina Sainz Borgo por tomarse el tiempo para leer y darme su valiosa opinión.

A Letizia Vaccari, por estimular y sostener la confianza en mi andadura literaria.

A Leida, presencia incondicional

El ultraje no prescribe
esperará inútilmente el perdón
que mantendrá el alma
navegando hacia el inframundo

Abren la noche
voces de la infancia
al amanecer
el sol las convierte en piedra

Emma

Emma

«A mí los hombres no me quisieron bonito, me necesitaron, me utilizaron, o se los permití, qué sé yo», le oyó decir una y otra vez, mientras sus manos resecas, venosas, de largas uñas encorvadas, rasgaban el fondo de la gaveta. Tras una semana de haber llegado para cuidar de su abuela y, aunque se hizo el propósito de hacer su mejor esfuerzo por mantenerse serena, mantra repetido de la mañana a la noche, la irritación socavaba el propósito. Ahí estaba de nuevo, cuando el sol empezaba a colarse por la persiana, apenas una débil luz blanca, enrrejillando el piso de mosaicos, volvía sobre sus fantasmas: «Ellos no se parecían en nada, salvo en que todos me necesitaron; no los escogí de manera premeditada, me llegaron y fueron certeros en captar mi esencia, mis maneras de entregarme, pero no fue solo por su culpa, digo yo a estas alturas, es mi fracaso, aunque al final, fue también mi salvación, y era tan consciente de eso, que me hice

fuerte y procuré un espíritu infranqueable, una coraza que no me rompiera por dentro, que no lo dejara pasar al exterior, porque afuera era otra, perfecta frente a la galería, y gracias a esas improntas internas que luchaban por mí, mis alfiles transversales, convertí cada fracaso en voz, en pensamiento, en actitud, en…»

De pronto, la voz cóncava que llegaba desde el rincón fue desvaneciéndose hasta terminar en un profundo suspiro, en el mismo instante en que Emma se volvió hacia ella pidiéndole con la mirada que continuase.

Es verdad que momentos antes estuvo a punto de pedirle que callara, que dejara el pasado en el pasado, pero una cosa era lanzar reclamos al aire y otra muy distinta el carácter reflexivo que iba adquiriendo la salmodia de la que no logró desengancharse; así que esa mañana decidió ponerle cara a una presencia hasta ahora lejana y desconocida, no sin cierto sabor amargo por no haber propiciado un acercamiento con la anciana durante años y que, de no haber sido a petición de su madre, no estaría allí haciéndole compañía.

—Aunque todos ellos buscaban ser atendidos, sus necesidades eran distintas. El primero, a pesar de llevarme cinco años, yo con trece y él con veinticinco, edades en las que se nota la diferencia, era poseedor de una ignorancia oceánica, casi inocente, hasta para mí, una niña; sin embargo, me convertí en su madre, su maestra, su psicóloga; no tenía idea del mundo y de las relaciones personales. No tenía idea de nada, ni

criterio, ni opinión, menos imaginación; ni siquiera una afición. Me escocían sus accesos de llantos si le negaba un beso, ese beso que ni él ni yo habíamos conocido, si no podía quedar para salir, si no compartía gustos en comidas y aficiones, o no me interesaba por su trabajo, que no tenía nada de interesante. Explotaba como un niño malcriado que crecía hacia atrás, de reversa, y era yo la que debía traerlo al presente, apaciguarlo, hasta que se desvanecía extenuado, ahogado en profundos suspiros, cerrando los ojos, mientras se aferraba al volante de la camioneta, y yo parada sujetando la puerta desde afuera, indecisa entre abrirla para apagar el motor o dejarlo ir en medio de semejante conmoción.

»Reconozco que fue el que menos daño me hizo, pero sí me dejó un recóndito sentimiento de culpa, en gran parte forjado por su bisabuela Inés y su madre Lázara; ellas lo adoraban, no le veían defectos ni debilidades, por eso no tuve valor de terminarlo frente a frente; lo hice por una carta, que para mí fue mi declaración y certificado de independencia».

El largo suspiro que exhaló cuando cerró la última gaveta del *secreter*, le hizo suponer a Emma que era precisamente esa carta lo que su abuela buscaba. Se volvió dando saltitos izando la carta en señal de triunfo, aunque la expresión de su cara no lo reflejara. Miró a su nieta esbozando una media sonrisa de labios apretados, que contrastaba con los ojos hundidos y cuajados en un poso de lágrimas que se aferraba a sus cuencas. No

era fácil columbrar lo que pasaba por su cabeza, pero sí percibir rescoldos de pasiones y desafectos añejos.

—No mires para los lados, sé que te estoy asustando, debo tener mirada demencial, pero no, estoy bien, más tarde te la doy para que me la leas con esa entonación porteña tan sonora que te ha quedado.

»El segundo novio fue muy distinto, otra personalidad y más buen mozo, pero con la misma debilidad de temperamento. No lo vi venir como tampoco lo hice con el primero. Me consuela que a los doce años no podía discernir semejantes complejidades; cuando conocí al segundo ya estaba en los quince, quizás un poco más avispada, pero sumergida en el ensimismamiento. Lo capté antes del año de noviazgo, aunque no fue hasta cinco años después cuando tuve el valor de terminarlo. Advertí la falta de arrojo, de iniciativa, de empuje, me daba mucha pena verlo entre dos mujeres diferentes, una madre autoritaria y una novia idealista. Una le exigía liderazgo y emprendimiento, y la otra seguridad en sí mismo e intelectualidad. No estaba por una cosa ni por la otra. No me rompió el corazón, se lo rompí yo.

—Entonces, ¿tu gran decepción fue mi abuelo?

Se arrepintió enseguida de haber hecho la pregunta, al ver el poso salado que había estado contenido deslizándose lentamente por las rugosas mejillas, apretando los labios ahora convertidos en dos líneas blancas y cuarteadas.

Pasó por su lado dejando ese extraño olor que venía despidiendo últimamente, una combinación de talco de bebés y aceite de romero, tambaleante, la espalda desnuda y delgada como un sarmiento en invierno. Dando por hecho que el monólogo había terminado, la siguió hasta la cocina, se acomodó en el mesón de madera plastificada, donde quedaban las migas y el tarro de miel del desayuno, interrumpido por el acceso de tos que la obligó a levantarse para luego hundir la cabeza en el pesado arcón y entregarse a la labor diaria de revolver el pasado y dejar constancia una vez más de que el pasado no se esfuma, que es el verdadero presente, el más auténtico, el más fiable, el más desafiante y que no tiene sentido huir de él, hay que plantarle cara.

Emma desvió la mirada hacia el ventanal pensando en su madre, en que probablemente el carácter y el activismo que la llevaron a emprender desafíos contra todo tipo de opresiones tuvieron origen en ese lejano antecedente familiar que nunca conoció de manera directa, pero cuyas secuelas se alojaron en el carácter de su abuela, forzada a mantener encendida la lumbre de la obediencia y la resignación, última heredera del mundo de las mujeres mansas. La única similitud que las emparentaba, aun cuando sus vidas tomaron destinos diferentes, fue haber nacido y haber sido educadas en hogares funcionales basados en la corrección.

Unas y otras, las venidas de los matorrales y las citadinas, se educaron en el buen comportamiento, en

las creencias, en los preceptos de la cristiandad apostólica, en la moralidad judeocristiana que no solo había que asumir, también mantener y reproducir, como lo habían hecho sus madres. Mujeres mansas, veneradas por haber llegado vírgenes al matrimonio, consagradas al hogar en el que brillaba una luz perpetua en los salones; mientras que en las alcobas se enconaba una espesura gris, un mareante olor a alcanfor que nublaba el pensamiento y adormecía las emociones.

Aun así, ellas, las herederas, no apechugaron en su mansedumbre, el miedo y el sacrificio. Cierto que se debatían entre el anhelo y el ansia, entre el ensimismamiento y el aturdimiento, construyéndose diques cuyos brocales impidieran inundar sus corazones en constante vigilia, ante al acecho de la enorme figura del gran protector, del esposo-padre, del compañero-amante, del hijo-padre.

Eran corazones encallecidos en constante acecho, sumergidos en caballos troyanos en espera del asalto a la vida, imaginada detrás de las colinas pobladas de espíritus indómitos, exhumando palabras del mundo primigenio.

Mientras llegaba el momento de derribar la puerta del caballo, las mansas, venidas de infancias desérticas, empollaban una rebeldía que buscaba el sentido de la vida a largo aliento; no las paralizaba el abismo, bramaban tapando sus bocas ahogadas, mientras sus arrullos cortejaban detrás de las ventanas al amante imaginado.

Se profanan unas a otras, enredándose en sus añagazas, en búsqueda de libertades entre lo desconocido, eternas amarteladas furibundas, de vidas detenidas en medio de ensoñaciones a la espera de abrirse como una anémona. Sembradoras de palabras antiguas, rostros angulosos de miradas severas asomados detrás de panópticos, pasmadas, esperando el pistoletazo de salida. Necesitan la tragedia para sentirse vivas, cambiaban sus ropas por las noches por si amanecían vivas, porque desde su nacimiento las han enseñado a vivir la muerte. El acorde del tiempo podía subir o bajar el tono entre la acritud y la ternura, mustio y solitario como los jardines de los pobres.

—No te acerques a esa vieja jaula Emma; allí malvivieron cincuenta loros que la majara de tu tía abuela Evangelina mantuvo enclaustrados durante 10 años, hasta convencerse de que eran la causa de la neumonía que la llevó a la tumba. Todavía queda el olor de la montaña de zurullos que se negaba a sacar, por miedo a que escaparan.

—Es que no hay por dónde moverse abue, todo está en ruinas, ¿cómo te has acostumbrado a vivir así? No eres la misma que mi madre describe.

—Así somos los humanos, nos esforzamos en los años de la inconsciencia para llegar debilitados a la edad de la conciencia. Cuando llegamos a reconocernos, cuando ya sabemos quiénes somos, ya no nos importa…